

ESPERANZA DE RENOVACIÓN Y UNIDAD EN EUROPA

Europa: tierra de diferencias y divisiones. En nuestros tiempos oímos con frecuencia que el mundo se ha convertido en una “aldea global”. De hecho, esta metáfora es muy engañosa porque refleja la perspectiva de una elite muy reducida. La abrumadora mayoría de la población mundial toda ve la tierra –y el mundo- como una vasta extensión que está más allá de su comprensión, y de su control.

Pero nosotros estamos viviendo en un viejo continente, lleno de historia, que se ha llamado Europa –una inmensa “aldea” donde se han confrontado durante siglos diferentes religiones, culturas y civilizaciones. Hoy cada vez más cristianos e Iglesias de este viejo continente, donde todavía existe una variedad de diferencias y diferenciaciones en la multitud de países que forman la Europa actual, se encuentran a sí mismos confrontados ante los nuevos y profundamente sugere-ntes aspectos de la ‘globalización’. Esta globalización es reconocida por una amplia mayoría de las gentes, especialmente los pobres, pero al mismo tiempo los cristianos y las Iglesias están observando y buscando la renovación y nuevos conceptos de unidad. ¿Qué tenemos que decir y responder ante este fenómeno y realidad europeos?

Si miramos hacia atrás a este viejo continente de Europa, a dos mil años de historia política o cristiana, nos abrumarán al mismo tiempo tanto el gozo como la decepción. El hecho de que la cristiandad existe, y que todavía sobreviva, incluso dividida, es una realidad.

Esto no significa una simple cuestión que deba ser dada por supuesta. La Iglesia nació en un mundo hostil y sufrió graves persecuciones no sólo en los primeros siglos, sino también en nuestro tiempo. Y a pesar de todo esto, la Iglesia aún existe, incluso más fuerte que antes. Las palabras de san Pablo, “morimos y, mira, estamos todavía vivos” se aplican completamente a la historia de la Iglesia hasta hoy. ¿Cómo puede explicarse esto? Quizá por pura suerte y las circunstancias históricas, como diría un racionalista. Para nosotros, los creyentes, la respuesta descansa en las palabras de nuestro Señor de que “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”. Sea como sea, sólo podemos dar gracias a Dios por haber preservado a la Iglesia a lo largo de los siglos.

El hecho de que las tradiciones y estructuras básicas de la Iglesia hayan sido preservadas, a pesar de que la Iglesia ha estado expuesta a numerosas influencias procedentes de los diversos contextos culturales en los que se ha encontrado, es un gran milagro. La Iglesia vive en el mundo pero no es del mundo. Siempre ha sido difícil determinar y establecer las fronteras entre la Iglesia y el mundo. Seguirá siendo un problema fundamental de la Iglesia preservar su identidad sin abandonar el mundo para convertirse en un ghetto.

Es necesario recordar que la Iglesia ha producido un gran impacto en las diversas culturas en las que se ha encontrado. Este no es sólo el caso del Oriente cristiano o de la Edad Media en Occidente donde podemos hablar de una cultura cristiana. Sigue siendo verdadero en el mundo moderno cuando la Iglesia cristiana en Occidente, menos en Oriente, ha sido oficial y enérgicamente puesta al margen como un factor irrelevante en la creación de una cultura humanista. Muchos de los valores humanísticos y morales de la sociedad moderna no son otra cosa que principios cristianos de com-

portamiento moral. La Iglesia no ha sido tan irrelevante para la vida humana como algunos quieren que sea.

En muchos países de Europa las Iglesias cristianas estaban en mayoría y en otros países en minoría, el poder político creció y se desarrollaron instituciones. En la historia de las Iglesias cristianas los días de sufrimiento y humillación han sido generalmente mucho más numerosos que los días de gloria y poder secular. Muchos mártires experimentaron el martirio y pagaron el precio del poder secular y la fuerza humana con sus vidas. Nosotros sólo podemos dar gracias porque como dice san Pablo, “el poder de Dios es fuerte en la debilidad”. Especialmente en el siglo XX, las Iglesias cristianas han tenido buenas razones para dar gracias a nuestro Señor por el hecho de que la importancia del diálogo se ha recuperado en el movimiento ecuménico, así como la convicción de que las Iglesias no pueden seguir estando separadas y divididas; la búsqueda de la unidad es un factor importante por el que hay que luchar y trabajar juntos a pesar de las hostilidades del pasado. Ha nacido una nueva era –la era de la unidad y la renovación de la Iglesia.

Ha habido también desencuentros y fallos en la historia Europea y es muy necesario lamentarse y arrepentirse por ello.

Hubo un fallo en el modo en que Europa debería ser verdadera y profundamente cristianizada. La misión de la Iglesia o fue insuficiente, como en las Iglesias en Oriente, o esencialmente anticristiana, como sucedió con gran parte del celo misionero y las actividades de cristianos en Occidente. Se confundieron, en algunas ocasiones, el Evangelio y los valores nacionales y culturales de un momento particular. Así se falló en el logro de una verdadera inculturación de la Iglesia. En muchos casos, las misiones cristianas se han confundido con la imposición de la cristiandad sobre ciertos pueblos sin tener en cuenta sus particularidades culturales.

Esta ha sido la trágica división de la cristiandad misma. Especialmente en el segundo milenio hemos ofrecido un testimonio de polémica y odio entre cristianos, sin precedentes en la historia. No es importante intentar probar quién tiene que ser condenado por esto, cuando hoy la tendencia que prevalece entre las Iglesias es expresar perdón y amor.

Además, ha habido un fallo en la interpretación del Evangelio en términos existenciales. Fundamentalismo, confesionalismo, y conservadurismo han matado las Escrituras y los dogmas de las Iglesias, convirtiéndolos en fórmulas que tienen que ser preservadas más que vividas y experimentadas. Dogma y ética han estado separados. Semejantes dicotomías han tenido lugar entre dogma y eclesiología y administración de la Iglesia. En diversos lugares la Iglesia ha estado demasiado influida por el nacionalismo, y a veces el “etnofile-tismo” se ha convertido en hecho y realidad.

Esto es lo que las principales Iglesias en Europa han heredado de los dos últimos milenios de historia eclesial. Una parte de esta historia nos da razones para estar agradecidos, mientras que otra nos da motivos para el arrepentimiento. Una conciencia de ambas cosas será muy valiosa para no perder de vista que luchamos por la renovación y buscamos la unidad visible de la Iglesia.

El deseo de caminar juntos en la unidad. En la Europa de hoy Iglesias y cristianos han emprendido pasos concretos y buscan resultados positivos con el fin de superar divisiones sin tener una noción al menos implícita del tipo de unidad que están buscando. Sin embargo, la unidad de la Iglesia para muchas de las Iglesias ha sido desde el comienzo uno de los principales temas del pensamiento ecuménico y la acción en Europa. Han aparecido signos positivos e iniciativas óptimas en las relaciones de numerosas Iglesias y Comuniones eclesiales. Las Iglesias protestantes están uniéndose en una comunión de asociación, mediante firmas de acuerdo: Reformados, Luteranos y Metodistas en la comunión de Iglesias de Leuenberg (1973); Luteranos nórdicos y bálticos y Anglicanos de Gran Bretaña e Irlanda están en comunión por el Acuerdo de Porvoo (1992). Por otra parte, Anglicanos y Moravos han entrado en una nueva relación por el Acuerdo de Fetter Lane. El Acuerdo de Meissen, una sociedad más estrecha en el camino de la unidad visible, fue firmado por la Iglesia evangélica en Alemania y la Iglesia de Inglaterra (1988). El Acuerdo de Reuilly une en una relación similar a las Iglesias Reformada y Luterana en Francia con las Iglesias Anglicanas de Gran Bretaña e Irlanda. Además de estos significativos acuerdos se han llevado a cabo acuerdos eclesiales en Italia entre Iglesias Baptistas, Metodistas y Valdenses. Todos estos

acuerdos eclesiales, aunque diferentes en sus presupuestos teológicos y eclesiológicos, han llevado a la comunión plena entre las respectivas Iglesias haciendo su unidad más visible. Todas las Iglesias implicadas en estos acuerdos han entrado en comunión unas con otras, aunque cada una de ellas siga manteniendo su propia identidad sin alterar.

Mientras tanto, la Iglesia ortodoxa sigue implicada en diálogos bilaterales con varias Iglesias y con la Iglesia católica en particular. Todos estos esfuerzos deberían considerarse como resultados positivos, pero no debe olvidarse que en estos diálogos y sociedades tienen que afrontarse dificultades y a veces embrollos. Algunas Iglesias practican la “filoxenia” (hospitalidad) eucarística, mientras que otras todavía establecen diferencias fundamentales de fe que obstaculizan el camino hacia la unidad visible y comunión eucarística. Como la *Charta Oecumenica* señala, “se trata sobre todo de concepciones divergentes de la Iglesia y su unidad, de los sacramentos y los ministerios. No debemos asumir sin más este estado de cosas. Jesucristo nos reveló en la cruz su amor y el misterio de la reconciliación. Al seguirlo, queremos hacer todo lo que nos sea posible para superar los problemas y obstáculos que siguen separando a las Iglesias”². En esta perspectiva, la oración de Jesucristo a su Padre celestial por sus discípulos y por todos los que creen en él “que todos sean uno” (Jn 17, 22) tiene que ser entendida no simplemente como un deseo, que el Señor expresó ocasionalmente, sino como un mandato dado a los que le siguen y, ante todo, a las Iglesias.

La relación de las Iglesias miembros de la Conferencia de Iglesias Europeas con la Iglesia católica es de especial importancia y gran significación. En algunos países Europeos existen buenas relaciones con la Iglesia católica que es parte de su cuerpo ecuménico nacional. En otros países las relaciones no son tan buenas y permanecen las dificultades y la necesidad de tratarlas. El ejemplo más positivo de las buenas relaciones de trabajo entre la Conferencia de Iglesias Europeas y la Iglesia católica es el trabajo del Comité Mixto de

² Cf. *Charta Oecumenica* I, 1.

Conferencia de Iglesias Europeas y Consejo de Conferencias Episcopales Europeas.

Buscando la renovación en Europa. Durante los últimos años Iglesias y Cristianos han participado en un proceso de testimonio común que finalmente condujo a al texto de acuerdo de la *Charta Oecumenica*. Este documento ecuménico es de gran importancia y proporciona una agenda de compromiso tanto para la Iglesia católica como para las Iglesias miembros de la Conferencia de Iglesias Europeas, a fin de continuar mejorando sus relaciones en el futuro. La *Charta Oecumenica* invita a todos los cristianos a proclamar el Evangelio, la Buena Nueva, juntos, a orar y actuar juntos y seguir en diálogo mutuo³. Es una invitación dirigida a todas las Iglesias en Europa y un reto que tiene que ser asumido por todos.

Este proceso europeo ecuménico es una peregrinación ecuménica y servirá como un instrumento que ofrece nuevas dinámicas, facilita el diálogo, proporciona nuevos métodos de comunidad y abre nuevos espacios en la comprensión ecle-siológica de la Iglesia.

El patriarca ecuménico Bartolomé en su mensaje a la Segunda Asamblea Ecuménica en Graz, en 1997, indicó que la nueva etapa de reconciliación y cooperación que tiene que llevarse a cabo entre los cristianos y las Iglesias en Europa “es la experiencia de unidad en Cristo como el elemento esencial que caracteriza a todo ser humano. La experiencia de esta unidad no es darnos cuenta de que tenemos intereses y metas comunes. Ni es el simple reconocimiento de un pensamiento común en muchas áreas. La profunda experiencia de unidad consiste además de esto en la profunda convicción de que nuestras vidas están en comunión, que compartimos un futuro común, esto es, comunión en nuestro destino final, en *eschata*. Es la comprensión íntima en Cristo de que ninguno se salvará sin el otro, de que si alguno se pierde, entonces yo también estoy perdido, y si alguno se salva, entonces también yo estoy salvado. Esto significa rechazar la interpretación legal de justificación y salvación individuales, y aceptar la

³ Cf. *Charta Oecumenica* II.

noción de que Cristo quiere “que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4).

Las Iglesias hoy, en camino hacia su comunión con cada una de las otras, tienen que redescubrir y redefinir una vez más los valores eclesiológicos de su propia identidad confesional y la pluralidad y riqueza de su comunión. Esto no debería ser un obstáculo para el diálogo, sino más bien constituir la base para valorar las otras tradiciones cristianas. En algunos lugares parece que todavía existe una falta de comunicación y de información sobre los temas ecuménicos. Por tanto, es necesario que en la Iglesia europea se conceda la mayor prioridad a los temas de educación y formación ecuménica así como el intercambio de información.

Hacer frente a los nuevos retos de la unidad de la Iglesia y contar con las Iglesias para la renovación en Europa, crea un nuevo diálogo sobre la sustancia y el modelo del movimiento ecuménico deseable y necesario. La Conferencia de Iglesias Europeas ha deliberado, en su trabajo y actividades, sobre su propia contribución al desarrollo de relaciones entre las Iglesias ortodoxas y otras partes de la familia ecuménica. Los resultados muestran que no sólo existen dificultades sino también áreas de una posible colaboración más amplia.

La senda hacia la unidad de las Iglesias es larga, y el Espíritu Santo deberá seguir guiándonos y proporcionándonos inspiración para la transformación y la renovación. El único camino para la Iglesia es afirmar su unicidad, su importancia y su indispensabilidad. En su camino hacia una comunión total, las Iglesias en Europa tienen que reconocer el valor de su propia identidad confesional, que no debería ser un obstáculo sino más bien la base para valorar otras tradiciones cristianas. Este es el único modo de evitar volver a las hostilidades y divisiones del pasado. La búsqueda de la unidad de la Iglesia y la renovación nos hace sentir con mayor fuerza la inmensa responsabilidad que ha sido colocada sobre nuestros débiles hombros en orden a dar testimonio de la Verdad.

Con este sentimiento, Iglesias y cristianos deberían seguir el proceso hacia la Tercera Asamblea Ecuménica Europea en Sibiu, Rumania en 2007 y participar plenamente en ella. Es un deber ecuménico. Es también un reto pastoral,

ético, teológico y espiritual que se dirige a todas las Iglesias cristianas europeas hoy. La visión más allá del sentimiento de compañerismo es una visión que afecta a la *oikomune*, y la unidad y renovación de la humanidad. La Europa de hoy necesita ser desafiada por un camino alternativo que lleve a una nueva vida de comunidad en la diversidad.

GENNADIOS DE SASSIMA